



**DOCUMENTOS DE TRABAJO
ESCUELA DE GOBIERNO**



**MÁSTER PROPIO EN CIENCIA Y FILOSOFÍA:
CONSTRUYENDO EL FUTURO**

**La importancia de la ciencia en la formación
de los imperios coloniales.
El ejemplo de China**

**Olga Rubio Pérez
2021/22**



Edita:
Escuela de Gobierno
Universidad Complutense de Madrid

Colección Trabajos Fin de Máster

Autora: Olga Rubio Pérez

ISSN: 2952-0169

<https://www.ucm.es/eg>

Madrid, 2022





UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID



**Máster Propio en *Ciencia y Filosofía*:
*Construyendo el Futuro***

**La importancia de la ciencia en
la formación de los imperios coloniales.
El ejemplo de China**

Tutor: JAVIER ORDÓÑEZ RODRÍGUEZ

Autora:

OLGA RUBIO PÉREZ

Madrid 2021/2022



ÍNDICE

1	INTRODUCCIÓN	5
2	ANTECEDENTES DEL PENSAMIENTO COLONIAL	7
	2.1 Antecedentes remotos: Tucídides y el diálogo de Melos	7
	2.2 La guerra justa en Francisco de Vitoria	7
	2.3 Del pensamiento ilustrado al pensamiento revolucionario	8
3	CIENCIA EN CHINA Y EN OCCIDENTE	10
4	LA ÓPTICA OCCIDENTAL.....	13
	4.1 Apertura del comercio en un país “xenófobo y cerrado”	13
	4.2 Corrientes de pensamiento en Occidente.....	14
	4.3 La técnica como herramienta del Imperio en Occidente	16
	4.4 Consecuencias: aumento de la presencia occidental en China.....	18
5	LA ÓPTICA CHINA	21
	5.1 El Imperio del Medio como centro del mundo	21
	5.2 Corrientes de pensamiento en China.....	23
	5.3 Estado de la técnica en China.....	25
	5.4 Consecuencias: pérdida de la autonomía china y posterior reacción	26
6	CONCLUSIONES	30
7	BIBLIOGRAFÍA.....	32



1. INTRODUCCIÓN

El imperialismo es una doctrina que defiende la dominación de unas naciones sobre otras. La expansión imperialista del siglo XIX fue liderada por unos pocos estados, en su mayoría europeos, presionados por la explosión demográfica y los excedentes de producción fruto de la Revolución Industrial. El objeto del presente trabajo es analizar la influencia de la ciencia y la tecnología en la construcción de los imperios coloniales, donde gran parte del mundo quedó bajo el gobierno formal o el dominio político informal de las potencias industriales.

La ciencia moderna desarrollada en Europa contribuyó a la Revolución Industrial gracias a la aplicación de sus principios¹. Cuando la razón desterró la “superstición” empezó a crecer en Occidente la confianza en el método científico, que aportaba una nueva forma de explicar la naturaleza. En el siglo XIX se reforzó esta confianza, sobre todo cuando se vio su importancia para la industria química y de las comunicaciones. De modo que coincidieron en el espacio y en el tiempo un desarrollo científico acelerado y el deseo de controlar otros territorios. Analizaremos la posible conexión entre ciencia y tecnología y los elementos de filosofía política que subyacen en este proceso. También intentaremos averiguar si los avances científicos permitieron desarrollar una tecnología militar que otorgara ventaja a las naciones occidentales.

Tratándose de un fenómeno complejo que no se desarrolló de igual modo en todo el mundo, en un trabajo de fin de máster no se pueden abordar, ni siquiera someramente, las causas, el desarrollo y las consecuencias del imperialismo en su conjunto. Por su importancia como uno de principales actores geopolíticos en la actualidad hemos optado por analizar el caso de China.

La China de hoy sorprende y asusta a partes iguales. Tras el proceso modernizador iniciado en los años setenta del siglo XX ha llegado a ser la segunda economía del mundo y a competir con EE.UU. por el primer puesto como potencia científica y tecnológica². Con cada vez más poder comercial, financiero y diplomático, el desafío chino es una cuestión presente en nuestro día a día. Para comprender la situación actual resulta útil estudiar los posibles detonantes históricos que han convertido a China en protagonista de la escena internacional. Hacerlo implica remontarse a mediados del siglo XIX, a la primera guerra del Opio, momento en el que se vio enfrentada a las exigencias del Imperio británico y a un choque cultural que acabó por desestabilizarla.

¹ Algunos historiadores de la ciencia entienden que la Revolución Científica y la Revolución Industrial no tuvieron demasiada relación. En sentido contrario ver Elena, A. & Ordóñez, J. (1996), pp. 541-564.

² China es uno de los mayores productores mundiales de artículos científicos; desde 1957 trece ciudadanos chinos han ganado el Premio Nobel; en 2021 ha presentado más solicitudes de patentes que ningún otro país, según la OMPI.



Para dar respuesta a los interrogantes expuestos, partiremos del análisis de los antecedentes (remotos y próximos) del pensamiento más extendido en la Europa del XIX a propósito de la cuestión colonial (apartado 2 de este trabajo). A continuación, estudiaremos el grado de desarrollo de la ciencia en China y en Occidente (apartado 3). El cuerpo del trabajo estará dedicado a analizar las perspectivas británica (apartado 4) y china (apartado 5). Por lo que respecta a los británicos, expondremos la situación de partida y los argumentos a favor o en contra de la apertura del mercado chino (4.1), las corrientes de pensamiento de la época (4.2), la técnica como herramienta del imperio (4.3) y las consecuencias de la intervención (4.4). Después abordaremos la óptica china, analizando igualmente la situación de partida (5.1), las corrientes de pensamiento (5.2), el estado de la técnica (5.3) y las consecuencias de la intervención (5.4). El último apartado del trabajo recoge las conclusiones.



2. ANTECEDENTES DEL PENSAMIENTO COLONIAL

2.1. ANTECEDENTES REMOTOS: TUCÍDIDES Y EL DIÁLOGO DE MELOS

La teoría de la guerra en Occidente ha oscilado entre la postura realista³ y la que exige algún tipo de fundamentación jurídica. El máximo exponente del realismo es Tucídides, que en la *Historia de la guerra del Peloponeso* dedica un capítulo a la toma de la ciudad de Melia. En este episodio, los atenienses ofrecen a los melos la posibilidad de someterse sin derramamiento de sangre. Los melos piden que se les permita mantener su estatuto de neutralidad, lo que los atenienses rechazan por considerar que los otros súbditos lo verían como una señal de debilidad. Ya habían advertido de que las razones de derecho sólo se pueden alegar cuando se parte de una igualdad de fuerzas y que si no se da esta circunstancia el más débil no tiene otra opción que someterse a lo que determine el poderoso. Después de un interesante debate sobre lo que más interesa a unos y otros y las bazas con las que cuentan ambos contendientes, la cuestión queda zanjada cuando los atenienses afirman que no dudarán en hacer todo lo necesario para conservar o extender su poder, pues les asiste una ley natural: “Pensamos [...] que siempre se tiene el mando, por una imperiosa ley de la naturaleza, cuando se es más fuerte. Y no somos nosotros quienes hemos instituido esta ley ni fuimos los primeros en aplicarla [...] sino que la recibimos cuando ya existía y la dejaremos en vigor para siempre habiéndonos limitado a aplicarla.”⁴. Con el tiempo esta “ley del más fuerte” no sería suficiente para justificar una agresión.

2.2. LA GUERRA JUSTA EN FRANCISCO DE VITORIA

Como hemos visto en el epígrafe anterior en la Antigüedad se podía declarar la guerra sin justificación alguna. El pensamiento cristiano introdujo la necesidad de alegar justo título para que fuera consentida, de modo que, a diferencia de lo que ocurre en nuestros días, donde se proscribiera cualquier tipo de agresión que perturbe la paz⁵, en el derecho de gentes clásico sólo estaba prohibida la guerra injusta⁶. El catálogo de guerras justas comprendía tanto las defensivas –guerras justas por excelencia– como las ofensivas, siempre que estas últimas

³ El realismo político considera que el poder es el principal fin de la acción política y entiende que los estados deben intentar maximizar ese poder y perseguir sus propios intereses (Internet encyclopedia of philosophy).

⁴ Tucídides, Libro V, capítulo XI.

⁵ La Carta de Naciones Unidas prohíbe el recurso a la fuerza en las relaciones internacionales, con excepción de la acción coercitiva colectiva (capítulo VII) y el derecho a la legítima defensa individual o colectiva (artículo 51).

⁶ Schaetzel, 1954, p. 408.



gozaran de dicho justo título. Vitoria y la Escuela de Salamanca debatieron ampliamente sobre esta cuestión en el contexto de la colonización de América.

En su *Relectio de Indis*, Vitoria aborda el asunto de los títulos, estableciendo un catálogo de los que podrían ser considerados legítimos y los que no. Entre los primeros destaca el *ius societatis et communicationis* ('la sociedad y comunicación natural')⁷. Este *ius* procede de la propia naturaleza humana, "con su particular característica de sociabilidad, que lleva al hombre al contacto con otros hombres en una comunicación de bienes materiales –comercio– o espirituales –expresión del pensamiento–"⁸.

En opinión de Vitoria, la "sociedad y la comunicación natural" es un "principio de derecho natural [que] tiene carácter universal y es por tanto válido para todos los hombres"⁹. De este principio derivan unos derechos: el derecho a transitar y establecerse en otras tierras, el derecho a comerciar, el derecho a la libre comunicación de las ideas y participación en los bienes comunes, que "adquieren [...] un carácter imperativo u obligatorio, constituyendo causa justificante de intervención o guerra justa el no acatamiento o violación de alguno de ellos"¹⁰. La única condición a la que están sujetos estos derechos es que no se ejerzan con daño a los demás o con agresión a la vida pacífica. De modo que la actividad comercial no es sólo una actividad económica sino la expresión de la sociabilidad natural del hombre y por tanto no debe ser entorpecida por otras personas, incluidos los gobernantes, salvo que existan razones de peso¹¹.

2.3. DEL PENSAMIENTO ILUSTRADO AL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

Muchos pensadores de la Ilustración compartían la opinión vitoriana sobre el comercio, al que consideraban un valor ético que aportaba beneficios. Así, Voltaire, en sus *Cartas filosóficas* (décima carta), encuentra una relación entre el comercio y la conquista de la libertad: "El comercio ha enriquecido a los ciudadanos de Inglaterra y ha contribuido a desarrollar su libertad, y esta libertad, a su vez, ha extendido el comercio, que ha sido el origen de la grandeza del Estado"¹².

Junto con las transacciones comerciales, algunos ilustrados realizaron una apasionada defensa del progreso que daría lugar a una "creciente armonización de las culturas en una gran cultura mundial, con lo que la especie humana se convertiría en un conjunto cosmopolita"¹³. La identificación del progreso con las ideas europeas y la creencia de que otras culturas las recibirían sin ningún tipo de oposición creó una "ficción de la mejora general del mundo"¹⁴ que poco después chocaría con la realidad.

⁷ Dice Añaños Meza que aquí Vitoria se inspira en las ideas de Cicerón. Ver p. 576.

⁸ Díaz Kayel, 2005, p. 69.

⁹ Añaños Meza, 2012, p. 577.

¹⁰ Añaños Meza, 2012, p. 577.

¹¹ Algunos autores han visto en el pensamiento vitoriano sobre el comercio un antecedente del liberalismo económico. Ver Urdanoz, citado por Añaños Meza, 2012, en la página 579.

¹² Esta afirmación no tiene en consideración a una de las partes intervinientes, pues, como hace notar James Cook: "Que [alguien] me diga qué es lo que los nativos de toda la geografía de América han ganado con el comercio que han mantenido con los europeos". La cita de Cook aparece en Outram, 2008, p. 174.

¹³ Outram, 2008, p. 178.

¹⁴ *Ibid*, p. 178, citando a Johann Gottfried Herder.



Durante la Revolución francesa los partidarios de “las luces” combatieron cualquier amenaza contra la razón, ya tuviera su origen en los ataques de los absolutistas o de otros revolucionarios incapaces de reconocer los beneficios que había traído a Francia. El informe de Fourcroy de 28 de septiembre de 1794 es un buen ejemplo de esto¹⁵. En su encendida defensa de las luces, Fourcroy entiende que la agresión está justificada si es para defender los logros de la República, al tiempo que parece reservar el recurso a la guerra para las naciones más desarrolladas. Es por lo que afirma: “La guerra, que es una barbarie atroz cuando se da entre los reyes, sólo es justa cuando un pueblo busca la libertad de sus derechos. Así, la guerra se ha convertido para la República Francesa en una ocasión venturosa para desarrollar todo el poder de las artes y ejercer el genio de los sabios y de los artistas, y de consagrar su utilidad por medio de aplicaciones ingeniosas”.

Algunos revolucionarios fueron más allá en su defensa de la razón. Alegando la universalidad de los valores humanos y convencidos de que Europa era la guardiana de los valores “superiores” – por su acceso a la cultura y el saber – consideraron que los Estados europeos tenían la misión de llevar la Ilustración a quienes la desconocían. Así lo dice, por ejemplo, Condorcet: “¿No debe la población europea [...] civilizar o hacer desaparecer, incluso sin conquistarlos, los países salvajes que ocupan todavía vastas extensiones?”¹⁶

Vemos en estos antecedentes algunos elementos utilizados por el pensamiento colonial para justificar el sometimiento de los pueblos considerados inferiores.

¹⁵ El texto del informe ha sido facilitado por el profesor Ordóñez en el Máster “Ciencia y Filosofía, construyendo el futuro” de la UCM.

¹⁶ Condorcet, citado por Todorov, 2008, p. 30.



3. CIENCIA EN CHINA Y EN OCCIDENTE

Parece comúnmente aceptado que la ciencia moderna se desarrolló en Occidente¹⁷ a partir del siglo XVII¹⁸. Esta afirmación requiere, sin embargo, hacer alguna referencia a las aportaciones de otras civilizaciones, sin las cuales el avance occidental podría haber sido más lento o no haber existido. Niall Ferguson habla de la deuda intelectual con las matemáticas, la astronomía y la tecnología orientales¹⁹. Así, “en el Renacimiento se redescubrieron numerosos estudios clásicos, a menudo gracias al contacto con el mundo musulmán”, pues “el califato abasí se hallaba en la vanguardia de la ciencia”²⁰. No debemos olvidar, como puntualiza Teresi, que los eruditos que bucearon en los escritos griegos “también buscaron manuscritos de China y la India, y crearon su propia ciencia”²¹. Por su parte, “Nanking [...] bajo el emperador Yongle se convirtió [...] en centro de conocimiento”²².

Cabe ahora preguntarse cómo se desarrollaron las cosas en China. Para definir las características de su ciencia vamos a seguir a Joseph Needham, uno de los grandes sinólogos del siglo XX y a quien debemos una auténtica enciclopedia sobre la materia. De acuerdo con este autor, se puede hablar de cierto pensamiento especulativo en la Antigüedad, especialmente entre los taoístas, creadores de la alquimia, que llegó a Europa a través de los árabes, y los mohístas, que realizaron estudios en óptica y física²³. En matemáticas, los chinos consiguieron algunos logros, aunque su pensamiento fue algebraico y no conocieron la geometría²⁴. En el campo de la astronomía, “hicieron mapas del cielo empleando nuestras modernas coordenadas y registraron descripciones de eclipses, cometas, novas y meteoros que son útiles aún en la actualidad”²⁵. Por lo que respecta a la sismología, fue un científico chino quien elaboró el primer sismógrafo hacia el año 130²⁶. Esto sin olvidar sus contribuciones a la acústica y el magnetismo. A pesar de lo dicho, China no vivió una revolución científica como lo hizo Occidente.

¹⁷ No parece opinar lo mismo James Poskett cuando afirma: “La idea de que la ciencia moderna se inventó en Europa sigue siendo uno de los mitos más extendidos en la historia moderna. Sin embargo, hay muy pocas evidencias para sustentarlo”. Poskett, 2022, p. 20. La traducción es mía.

¹⁸ Según Needham gracias al Renacimiento, la Reforma y el nacimiento del capitalismo. Needham, 1977, p. 195.

¹⁹ Ferguson, 2016, p. 64.

²⁰ *Ibid*, pp. 214 y 192.

²¹ Teresi, 2004, p.21.

²² Ferguson, 2016, p. 113.

²³ Needham, 1977, p. 152. Este asunto lo trata también Teresi, 2004, pp. 198-206.

²⁴ Needham, 1977, p. 17.

²⁵ *Ibid*, p. 18. Sobre este particular puede verse igualmente Teresi, 2004, pp. 147 a 156.

²⁶ Needham, 1977, p. 18.



En el ámbito tecnológico, en cambio, sí tuvo un papel destacado²⁷. Sus invenciones trascendieron fronteras y sirvieron de palanca para desarrollar técnicas que cambiaron el mundo. Needham encuentra en el feudalismo burocrático la razón de este impulso tecnológico, el mismo feudalismo que según él impediría el nacimiento del capitalismo y de la ciencia moderna²⁸. Lo característico de esta particular forma de gobierno es la existencia de una élite no hereditaria que concentraba el poder de un Estado fuertemente centralizado. En este Estado centralizado, los impuestos que pagaban los campesinos sufragaban las obras públicas destinadas a la conservación de los grandes ríos, el riego de los cultivos y un sistema de canales que permitía el transporte del grano a los almacenes de la capital²⁹, obras que no habrían sido posibles sin los progresos realizados en ingeniería o agricultura. Por otro lado, el hecho de que, a diferencia de Occidente, la esclavitud a gran escala fuera desconocida en la antigua China potenció la utilización de instrumentos que facilitaron el trabajo de campesinos y artesanos, como los arreos eficaces para animales o las carretillas³⁰. Por último, suele olvidarse su pericia en materia de navegación, que era igualmente notable hasta que el repliegue tras la expedición de Zheng He y los avances que se produjeron en Occidente a partir del siglo XVI la dejaron atrás.

Es difícil conocer las causas del despegue de la ciencia en Occidente y de su estancamiento en Oriente. Hay explicaciones basadas en el triunfo de la filosofía neoconfucianista a partir del siglo X (Yu-Lan Fung), de manera que mientras que en Occidente se produjo un salto desde el mundo medieval cristiano, que buscaba el bien y la felicidad en Dios, a la Europa moderna, que intentó hallarlos en la tierra, China se dedicó a buscarlos directamente en la mente humana³¹, y así: “Los filósofos chinos [...] no tuvieron necesidad de certeza científica, porque era a ellos mismos a quienes deseaban conocer; del mismo modo, no tuvieron necesidad del poder de la ciencia, porque era a ellos mismos a quienes querían conquistar”³². Otras teorías apuntan a razones de tipo sociopolítico, como el repliegue de China sobre sí misma en el siglo XV, el fracaso a la hora de desarrollar un marco competitivo que promoviera la innovación o la crisis provocada tras la caída de la dinastía Ming en el siglo XVII³³. En opinión de Ferguson, la clave del despegue de la ciencia en Occidente no está tanto en la ética protestante que sugiere Weber³⁴ como en las instituciones³⁵. En el mismo sentido, Needham, refiriéndose al estancamiento chino, afirma que “sin duda influyeron muchos aspectos de carácter intelectual y filosófico, pero hubo también, seguramente, importantes causas sociales y económicas...”³⁶. Entre esas causas, Needham señala tres principales: a) la poca consideración que tenían los mercaderes en una sociedad dominada por la burocracia feudal, desaprovechando su potencial para impulsar cambios y haciendo fracasar el desarrollo del capitalismo mercantil y luego industrial³⁷; b) la

²⁷ China fue una potencia tecnológica hasta el siglo XV.

²⁸ Needham, 1977, p. 202.

²⁹ *Ibid*, pp. 198-199.

³⁰ Needham, 1977, pp. 174-175. Teresi añade el arado de hierro, sobre el que afirma (p. 348): “También en esta ocasión, la introducción en Occidente de los útiles agrícolas de hierro utilizados en China revolucionó la cultura europea”.

³¹ Fung, 1922, p. 259.

³² Fung, 1922, p. 261. La traducción es mía.

³³ Ferguson, 2016, pp. 139 y 176.

³⁴ Ver Weber, 2012, p. 232, nota 146: “Es bien conocida la marcada preferencia de la ascesis protestante hacia el empirismo racionalizado por la fundamentación matemática [...] El empirismo del siglo XVII era el medio de buscar a Dios en la naturaleza; ésta conducía a Dios; la especulación filosófica, por el contrario, parecía apartar de Él”.

³⁵ Ferguson, 2016, p. 81.

³⁶ Needham, 1977, p. 12.

³⁷ *Ibid*, p. 40.



necesidad de grandes obras de ingeniería para la irrigación, drenaje y navegación interior, que favorecieron la concentración de poder³⁸; c) la posición de los técnicos como parte de la burocracia oficial, dentro de un sistema que favorecía el progreso de la ciencia aplicada frente a otras disciplinas que se consideraban no ortodoxas, como la alquimia³⁹.

³⁸ Needham, 1977, p. 155.

³⁹ *Ibid*, pp. 24-32.



4. LA ÓPTICA OCCIDENTAL

4.1. APERTURA DEL COMERCIO EN UN PAÍS “XENÓFOBO Y CERRADO”

A finales del siglo XVIII los europeos que querían comerciar con China se hallaban confinados en las afueras de Cantón, en una zona conocida como La Fábrica, en la que podían permanecer durante la temporada comercial, más o menos de septiembre a enero, para regresar después a Macao, donde vivían con sus familias. Desde 1760 el emperador manchú había concedido el monopolio del comercio con el extranjero a un grupo de mercaderes cantoneses que los europeos conocían como *co-hong*, los únicos con los que podían tratar⁴⁰. En la primera mitad del siglo XIX, motivos tanto de tipo económico (fin del monopolio de la Compañía de las Indias Orientales y presión de los partidarios del libre comercio) como ideológico (darwinismo social, afán civilizador), ayudados por la superioridad técnica de las potencias europeas, llevaron a una situación límite que desembocó en dos guerras con China conocidas como guerras del Opio.

El conflicto empezó a fraguarse cuando, tras una serie de tentativas en el siglo XVIII, la dinastía Qing comenzó una lucha contra el opio en los años 30 del siglo XIX, con medidas tendentes a la erradicación del narcotráfico; a la preocupación por los efectos de la droga se unió el déficit comercial del Estado chino por las importaciones masivas de opio desde la India.

Los británicos no vieron con buenos ojos las restricciones al comercio, que los obligaba a realizar sus transacciones en el mercado negro. Además de querer limpiar su imagen, razón por la que solicitaron la legalización del opio, demandaron la apertura de los puertos a otras mercancías del Reino Unido, por lo que, a partir de 1830, desplazaron a sus representantes cada vez más al norte a lo largo de la costa⁴¹. A partir de este momento, “mercaderes y misioneros fueron igualmente partidarios de la violencia”⁴². Buscando excusas poco consistentes, como las amenazas de muerte del delegado imperial contra el representante de la corona en Cantón en 1834, los partidarios de la guerra iniciaron una campaña para convencer a la opinión pública británica de que el recurso a la violencia era la única solución posible. La hostilidad china, sostenían, “nos ha obligado a defendernos”⁴³, alimentando el estereotipo de la “xenofobia obtusa de los chinos”⁴⁴.

⁴⁰ Lovell, 2017, pp.12-16.

⁴¹ Lovell, 2017, p. 15.

⁴² *Ibid*, p. 16.

⁴³ *Ibid*, p. 20.

⁴⁴ *Ibid*, p. 20. En esta misma página se recoge lo publicado en el Chinese Repository –periódico anglófono publicado en Cantón destinado a los misioneros protestantes- en 1836: [China] “es una nación que se mece en una grandeza solitaria y despechada y trata como inferiores a todas aquellas naciones que son de largo muy superiores a ella por su civilización, sus recursos, su valor, sus artes y sus armas (la traducción es mía).



El *lobby* de comerciantes no contó inicialmente con el apoyo del Gobierno británico. En 1835, lord Wellington, ministro de asuntos exteriores, en un despacho dirigido a un alto cargo comercial en China, afirmaba: “No es por la fuerza y la violencia como su Majestad intenta establecer un verdadero intercambio comercial entre sus súbditos y China, sino mediante otras medidas conciliatorias...”⁴⁵. Quizá en el ánimo de Wellington y de los que pensaban como él pesaba la idea de que emprender una aventura militar podría afectar a las importaciones de té, convertido en un producto casi de primera necesidad en Gran Bretaña⁴⁶. La sustitución de lord Wellington por lord Palmerston, partidario de una política más agresiva, contribuyó a un cambio de la postura oficial. Por fin, en 1839, el Gobierno cedió a las presiones cuando la dinastía Qing, después de destruir la droga almacenada en Cantón, negó los víveres, el agua y el derecho de comerciar a unos traficantes británicos hasta que se comprometieran a no introducir más opio en China. La llegada de la Armada británica en 1840 marcó el comienzo de la primera de las dos guerras.

Vemos pues que el deseo de abrir China al comercio (algo que, en opinión de los partidarios del liberalismo económico sólo podría traer beneficios)⁴⁷ se halla en la base del conflicto. El interés por el país asiático no era nuevo, pues, según Brook, ya existía desde el siglo XVI⁴⁸. De hecho, desde que Marco Polo, en el siglo XIV, relatara su viaje a la corte del gran Kan, los europeos soñaban con ese reino de fabulosas riquezas. Y en ese camino fue esencial contar con la tecnología: “Sin los rápidos avances en tecnología balística [...] los comerciantes europeos que viajaban al extranjero habrían tenido grandes dificultades para sofocar la oposición local a acuerdos comerciales no deseados, así como para proteger las ganancias obtenidas en el comercio”⁴⁹. La “diplomacia de las cañoneras” fue igualmente decisiva durante las guerras del Opio.

4.2. CORRIENTES DE PENSAMIENTO EN OCCIDENTE

Como hemos dicho en el apartado 2.3, a finales del siglo XVIII apareció en Europa la idea de la “misión civilizadora” de Occidente, que permitiría “educar” a las sociedades atrasadas⁵⁰. Los países industrializados, superiores por su comercio, su ciencia y sus artes, tenían el deber moral de enseñar a las naciones inferiores el camino del progreso. Lo que en sus inicios pudo tener auténtica intención filantrópica acabó convirtiéndose en una defensa poco creíble del imperialismo europeo. Las palabras de Jules Ferry (“Las razas superiores poseen un derecho sobre las razas inferiores. Yo mantengo que ellas tienen un derecho, porque también tienen un deber. El deber de civilizar las razas inferiores”⁵¹) o el poema *La carga del hombre blanco*, de

⁴⁵ Beeching, 1976, p. 64.

⁴⁶ Los impuestos sobre el té que llegaba de China, que en los primeros años del siglo XIX representaban alrededor del 10% de los ingresos públicos (ver Beeching, 1976, p. 42) eran también un buen motivo para no amenazar su comercio.

⁴⁷ Los beneficios fueron reales pero sólo para determinados países que habían alcanzado un gran desarrollo industrial gracias al proteccionismo que luego combatirían (ver Chang, 2017, pp. 32-38 para conocer los casos de Reino Unido y Estados Unidos). Otros países fueron privados de esa primera fase de desarrollo industrial pues se les impuso el “libre comercio no libre” (Chang, 2017, p. 40).

⁴⁸ Brook, 2019 (I), p. 26

⁴⁹ Brook, 2019 (I), p. 25.

⁵⁰ Según Shahid Alam: “Al llegar el siglo XIX casi todos los grandes pensadores de Europa habían adoptado el paradigma de la Misión Civilizadora. Incluso Carlos Marx y Federico Engels...”. Ver Alam, 2004, p. 2

⁵¹ Discurso a la Cámara de los diputados de julio de 1885.



Kipling, se enmarcan en esta corriente. La oposición sociedades civilizadas/bárbaras, llevada al extremo, terminó defendiendo el dominio por la fuerza de otras naciones, con la excusa de liberarlas de sus “gobiernos despóticos” e integrarlas en el mundo.

Las ideas y los prejuicios imperantes se sirvieron del entusiasmo que despertaba la ciencia. En su libro *La era del capital 1848-1875* Hobsbawm indica: “El racismo jugó un papel central en [...] la antropología, resultante de la unión de dos disciplinas originalmente distintas, la ‘antropología física’ (derivada principalmente de los estudios anatómicos y similares) y la ‘etnografía’ o descripción de las diversas comunidades, por lo general atrasadas o primitivas[...] La antropología física condujo, automáticamente, al concepto de ‘raza’[...] que no implicaba, en sí mismo, ninguna creencia sobre la desigualdad, la superioridad o la inferioridad racial, aunque ocurrió lo contrario al unirse al estudio de la evolución humana sobre las bases de los datos fósiles prehistóricos”⁵². Extrapolando la relación entre rasgos físicos simiescos y cultura inferior, se trató de explicar la inferioridad de cualquier raza respecto a la blanca: “Observando con mirada parcial podrían distinguirse aspectos simiescos incluso en chinos y japoneses...”⁵³. La “antropología cultural” de Edward Burnett Tylor contribuyó igualmente a alimentar esta concepción, al situar a determinadas sociedades en un estadio infantil o juvenil: “Esto implicaba teorías como la de los estadios [...], que Tylor aplicó a la religión [...]. El camino llevaba desde el ‘animismo’ primitivo (término inventado por él) a las religiones monoteístas superiores y, finalmente, al triunfo de la ciencia...”⁵⁴. De ahí que la raza blanca fuese “superior”, pues su superioridad quedaba demostrada por los signos externos de su civilización, de acuerdo con unos criterios fijados por ellos mismos: “Tecnológicamente más avanzada, militarmente más poderosa, más rica y próspera”⁵⁵.

En el campo de la sociología, la doctrina hoy conocida como darwinismo social enunciada por Herbert Spencer proporcionó otro argumento para las relaciones de explotación. Aunque Spencer hizo pública su teoría antes de que apareciera la obra de Darwin⁵⁶, supo aprovechar el éxito de éste: “El pensamiento burgués vuelve ahora los ojos para su propia justificación al gran mito de la época: a la ciencia natural”⁵⁷. Partiendo de las ideas de Malthus, según el cual la vida orgánica tiende a incrementarse por encima de la cantidad de alimentos a su disposición, Spencer aplica la “ley de la evolución” a las sociedades (consideradas por tanto como organismos). Por efecto de esta ley de la evolución, los menos aptos quedan eliminados. La selección natural aplicada al organismo social explica la evolución social “desde una masa indiferenciada de individuos a una organización de gobernantes y gobernados, que no es más que el resultado por el que los más aptos se imponen”⁵⁸. Así, como dice Hobsbawm: “En aquella ‘lucha por la existencia’ que proporcionaba la metáfora básica del pensamiento económico, político, social y biológico del mundo burgués, únicamente sobrevivirían los ‘más aptos’, aptitud que no sólo certificarían con su supervivencia, sino con su dominio. En consecuencia,

⁵² Hobsbawm, 2011, p. 274.

⁵³ Hobsbawm, 2011, p. 275.

⁵⁴ *Ibid*, p. 275.

⁵⁵ *Ibid*, p. 276.

⁵⁶ Ver Espina, 2005, p. 3: “Los primeros planteamientos de Spencer aparecieron en 1857, anticipándose a la publicación de la primera edición de *El origen de las especies*, de Darwin, en 1859. Sin embargo, la solución de Darwin al enigma de la mutación de las especies –a las que el creacionismo venía representando como inmutables– alcanzó una popularidad inmediata y Spencer decidió utilizarla para dotar de “fundamento científico” a su teoría: de modo que sustituyó la idea de progreso –limitada al ámbito específicamente humano– por la de evolución”.

⁵⁷ González Vicen, 1984, p. 167.

⁵⁸ *Ibid*, p. 167.



la mayor parte de la población mundial se convirtió en víctima de aquellos cuya superioridad económica, tecnológica y, por tanto, militar, era indiscutible y aparentemente incuestionable”⁵⁹. Las ideas de Spencer sirvieron para justificar no sólo las desigualdades internas, y de paso explicar el triunfo de la burguesía en esa competencia de clase por los recursos, sino también la expansión imperialista –aplicando los mismos principios a la competencia entre naciones o razas– y la guerra. Siguiendo a Antonello La Vergata, con el darwinismo social se produce un cambio desde la imagen sustancialmente antropomórfica de la destrucción y de la guerra a la asunción de dicha guerra como un aspecto particular de la lucha por la existencia. Esta concepción supone una simplificación del concepto darwiniano de lucha por la existencia, que no se basaba tanto en la agresión como en la competencia reproductiva⁶⁰.

Por supuesto, no todo el mundo pensaba de la misma manera. En un discurso pronunciado en la Cámara de los diputados en julio de 1885 en respuesta a las palabras pronunciadas por Jules Ferry, Clemenceau se expresó con esta vehemencia: “¡Razas superiores!, ¡Razas inferiores! Es fácil decirlo. Por mi parte, yo me aparto de tal opinión, especialmente después de haber visto a sabios alemanes demostrar científicamente que la francesa es una raza inferior a la alemana. No, no existe el derecho de las llamadas naciones superiores sobre las naciones llamadas inferiores. La conquista que vd. preconiza es el abuso, liso y llano, de la fuerza que da la civilización científica sobre las civilizaciones primitivas, para apropiarse del hombre, torturarlo y exprimirle toda la fuerza que tiene, en beneficio de un pretendido civilizador”.

Más por un interés político que científico, como afirma Hobsbawm⁶¹, las disciplinas con tintes racistas tuvieron mucho éxito en este periodo.

4.3. LA TÉCNICA COMO HERRAMIENTA DEL IMPERIO EN OCCIDENTE

En el libro titulado *Los Instrumentos del Imperio*, Headrick hace una oportuna distinción entre los motivos y los medios que hicieron posible la expansión imperialista. Tras reconocer que la motivación fue un factor decisivo, concede igual importancia a los medios, pues, sin los cambios tecnológicos que tuvieron lugar en el siglo XIX, los motivos no podrían haberse convertido en hechos.

Aunque la China de finales del XVIII era en apariencia un país próspero y poderoso con unas fronteras que se extendían más allá de los actuales límites y con vecinos que le rendían vasallaje, ya existían muestras de agotamiento y decadencia. La explosión demográfica que tuvo lugar en un siglo en el que se sucedieron las catástrofes naturales, unida a la resistencia de la burocracia feudal a introducir los cambios en la industria y el comercio que habría querido la dinastía manchú, condenó a gran parte de la población campesina a vivir en la pobreza. El descontento no tardó en convertirse en protesta: “Campesinos desarraigados, los *bastones desnudos*, se lanzaron al bandillaje en las zonas de montaña. En los periodos de hambruna, los campesinos atacaban a los terratenientes y saqueaban los graneros de los yamen⁶². Entre 1790 y 1820, se produjeron numerosos levantamientos de las etnias no chinas de las

⁵⁹ Hobsbawm, 2011, p. 127.

⁶⁰ La Vergata, 2005, p. 133.

⁶¹ Hobsbawm, 2011, p. 277

⁶² El yamen era el centro administrativo del distrito, “a la vez residencia del mandarín, sala de justicia, estación de policía, oficina de recaudación, cárcel y granero público” (Gil Pecharromán, 2020, p. 13).



provincias meridionales...”⁶³. Por lo que respecta a sus fuerzas armadas, a comienzos del XIX eran suficientes para mantener el orden interno o repeler insurrecciones de sus vecinos, pero ya no eran capaces de enfrentarse a los ejércitos europeos, como pronto tendrían ocasión de comprobar.

La aplicación de la ciencia a la guerra otorgó a Occidente una ventaja decisiva para imponerse al Imperio del Centro. En particular, la práctica empírica en Inglaterra sirvió no sólo para impulsar la Revolución Industrial⁶⁴, sino también para conseguir una potencia de fuego imposible de combatir. De este modo vieron la luz increíbles avances en artillería, como los recogidos en los *Nuevos principios de artillería*, de Benjamin Robins, publicado en 1742, en los que analiza la resistencia del aire en las trayectorias de los proyectiles (aplicando leyes de Boyle y Newton)⁶⁵, o las conclusiones de este mismo autor acerca de las ventajas de los cañones estriados en los fusiles y de las balas ovoides, que permitirían tiros mucho más precisos. El siglo XIX vino a consolidar los avances anteriores y a introducir otras novedades en el armamento que permitieron a los ejércitos coloniales conquistar con pocos efectivos y mínimo esfuerzo grandes extensiones de Asia y África.

Según Headrick, en el desarrollo de las modernas armas de fuego pueden distinguirse dos etapas: “En la primera, [...] cápsulas percutoras, rayado, balas oblongas y cartuchos llevaron el arma de avancarga a la más alta perfección. La segunda etapa comenzó con el fusil de aguja de retrocarga prusiano y culminó con el fusil Maxim. El cambio de los fusiles de avancarga a los de retrocarga en los años 60 no fue un logro técnico ordinario sino que aumentó drásticamente el desequilibrio entre los europeos y los pueblos no occidentales y condujo directamente a la explosión imperialista de finales de siglo”⁶⁶.

A pesar de lo dicho, en la primera guerra del Opio la mayoría de los soldados británicos todavía usaba fusiles de avancarga con llave de chispa, por lo que no fueron las armas de infantería las que marcaron la diferencia⁶⁷. Cuestión distinta fue la artillería occidental: cañones modernos, carronadas, obuses⁶⁸ y, sobre todo, cañoneras, barcos fabricados en hierro capaces de navegar en aguas poco profundas que podían llevar cañones pesados y móviles y remolcar otras embarcaciones río arriba gracias a sus máquinas de vapor. Estos barcos –en particular, el *Némesis*, propiedad de la East India Company– sí tuvieron especial protagonismo en la guerra y favorecieron la victoria de las tropas británicas⁶⁹. En palabras de Headrick: “Pocos inventos del siglo XIX fueron tan importantes en la historia del imperialismo”⁷⁰.

⁶³ Gil Pecharrmán, 2020, p. 22.

⁶⁴ Ver, Ferguson, 2016, p. 91, que dice lo siguiente en referencia a esa práctica empírica: “[...] y esta última, con su característica cultura del reajuste experimental y la observación paciente, siempre tuvo más probabilidades de producir los avances tecnológicos sin los que no podría haberse dado una revolución industrial.”

⁶⁵ Una descripción detallada de los trabajos de Robins aparece en Ferguson, 2016, p. 104, y en Andrade, 2017, pp. 251-252.

⁶⁶ Headrick, 1989, pp. 76-77. Para ver con detalle los sucesivos avances, *ibid*, pp. 77-80

⁶⁷ El arsenal chino era en todo caso peor. Ver Andrade, 2017, pp. 264 y 267.

⁶⁸ La carronada era un cañón corto y ligero que se usaba en combates de proximidad, de fácil manejo y muy eficaz porque permitía disparar muy rápido. El obús era un pequeño cañón que permitía disparar proyectiles con trayectoria curva.

⁶⁹ La nueva ciencia balística permitió el uso de balas explosivas de gran precisión, por lo que los disparos de los cañones del *Némesis* provocaron el terror entre las tropas chinas. El *Némesis* iba además equipado con los temibles cohetes Congreve, perfeccionados a partir de los estudios sobre la pólvora de los dos William Congreve. Para ampliar información ver Andrade, 2017, pp. 280-283.

⁷⁰ Headrick, 1989, p. 21.



El Némesis partió de Portsmouth con rumbo a Cantón, donde llegó a finales de 1840. Fue entonces, tras cinco meses de guerra sin avances significativos, cuando las cosas empezaron a cambiar: “El vapor, con su capacidad para navegar río arriba y atacar ciudades del interior, acabó con el largo punto muerto en la relación anglo-china”.⁷¹ No en vano las tropas chinas lo llamaban “el barco del diablo”. La combinación de los buques de la Royal Navy y de los vapores de la East India Company pronto rompió las defensas chinas, destruyó su flota y permitió la toma de Cantón. Cuando el avance de las tropas británicas amenazó Pekín el emperador se avino a la firma de un tratado de paz –el Tratado de Nanking– que pondría fin a la primera guerra del Opio.

4.4. CONSECUENCIAS: AUMENTO DE LA PRESENCIA OCCIDENTAL EN CHINA

En 1842 se firmó el Tratado de Nanking, considerado por algunos historiadores el primero de los tratados desiguales que se verían obligados a suscribir muchos países sometidos por las potencias occidentales⁷². El acuerdo, que fue ampliado al año siguiente con otro más detallado, obligaba a abrir cinco puertos al comercio exterior (incluyendo Shangai y Cantón), ceder Hong Kong⁷³ a los ingleses, pagar una indemnización de seis millones de dólares más otros doce por gastos de guerra y tres más a comerciantes particulares, establecía inmunidad para los súbditos británicos y, algo que lastraría el crecimiento de la economía china, reducía los derechos de aduana hasta un irrisorio 5 por ciento⁷⁴. Después de los británicos otras potencias se apresuraron a exigir ventajas similares. En 1844 se firmaron los tratados de Huangpu (con Francia) y Wangxia (con Estados Unidos), lo que terminaría convirtiendo a China en una semicolonias.

Tras la celebración de estos tratados se abre un periodo de disturbios en China. Entre las dos guerras del Opio hubo cerca de un centenar de levantamientos por causas diversas: “Campiñas superpobladas, catástrofes naturales –la sequía y la langosta hicieron, en 1849, 14 millones de víctimas–, inundaciones del río Hoang-ho, el cual, al cambiar su recorrido en los años 1850 a 1853, se tragó centenares de miles de individuos; la esterilidad del mandarinato, la impotencia del emperador...”⁷⁵. Las rebeliones que recorrieron el país de norte a sur tenían motivaciones bien distintas: protesta social (los nien en el norte, los miao y la Tríada en el centro y en el sur), mejora de la situación de minorías étnicas o religiosas (como la musulmana de Yunnan) o incluso erradicación del sistema imperial. Dentro de estas últimas se inscribe el movimiento que más daño iba a hacer al imperio: la rebelión de los taiping. Bajo las órdenes de un frustrado aspirante a miembro de la burocracia oficial que creyó encontrar en la Biblia la revelación divina, los taiping declararon en 1851 el Reino Celestial e iniciaron una guerra santa contra la dinastía manchú. En su avance hacia el norte del país, el ejército taiping fue incorporando

⁷¹ Headrick, 1989, p. 45.

⁷² Ha-Joon Chang opina que los tratados desiguales habían empezado con los países latinoamericanos en las décadas de 1810 y 1820.

⁷³ A la cesión de la isla en 1842 siguió la cesión de una parte del municipio de Kowloon (1860). Mediante la Segunda Convención de Pekín (1898) se extendieron las posesiones británicas por la península de Kowloon y la isla de Lantau.

⁷⁴ Éste y los otros tratados desiguales no se ajustarían a las actuales normas del derecho internacional. El artículo 52 de la Convención de Viena sobre el derecho de los tratados (1969) declara nulo todo tratado cuya celebración se haya obtenido por la amenaza o por el uso de la fuerza.

⁷⁵ Duché, 1964, p. 210.



efectivos, lo que le permitió entrar en Nanking en 1853 y establecer ahí la Capital Celeste. Las tropas imperiales reaccionaron y consiguieron recuperar parte del territorio perdido, pero no pudieron acabar con el movimiento por una nueva ofensiva occidental. Sólo al término de la segunda guerra del Opio (1856-60) lograron imponerse a los rebeldes, derrotados definitivamente en 1864 con la colaboración de los ejércitos extranjeros. La experiencia se saldó con un terrible balance de alrededor de 20 millones de muertos.

Los primeros tratados desiguales no lograron satisfacer a los círculos empresariales europeos y americanos, que cada vez exigían más. El tráfico de opio seguía siendo ilegal, la presencia de comerciantes extranjeros en Cantón seguía estando prohibida y los industriales querían conseguir una mayor penetración de sus productos en el mercado chino: “En 1850 los chinos compraban a Inglaterra casi la misma cantidad de productos manufacturados derivados del algodón que en 1843. En 1854, compraban menos todavía”⁷⁶. Aprovechando la rebelión de los taiping, en 1854 y 1856 exigieron una revisión de los tratados que incluyera el libre acceso a todas las regiones de China, la navegación sin restricciones por el Yangtsé, la legalización del opio, el establecimiento de legaciones diplomáticas en Pekín y la regulación de la emigración de mano de obra china, los llamados coolies o culíes, que fueron embarcados para trabajar en países extranjeros en condiciones no mucho mejores que los esclavos. La negativa del emperador a estas nuevas exigencias desencadenó la segunda guerra del Opio (1856-60), en la que los franceses se unieron a los británicos en el bando occidental. Los pretextos para iniciar esta nueva guerra no fueron demasiado consistentes: un supuesto registro ilegal de un barco inglés por parte de las autoridades imperiales y la ejecución de un misionero francés. Tras un nuevo bombardeo y toma de Cantón, la flota aliada siguió avanzando hacia el norte. Empeñado el grueso del ejército chino en la lucha contra los taiping, el emperador envió una delegación para negociar las condiciones de la paz con los occidentales, que sin embargo presionaron para conseguir más de lo que ofrecían los chinos⁷⁷. Se emprendió una nueva ronda de negociaciones en Shangai, acordándose la legalización del comercio del opio y la colocación de las aduanas bajo la doble administración de chinos y occidentales, si bien en la práctica fue un británico quien ejerció el control efectivo. De nuevo encontraron los aliados una excusa para seguir avanzando hacia Pekín cuando los negociadores europeos fueron detenidos y ejecutados por los chinos. En la capital, lejos de comportarse de manera ejemplar, los franceses saquearon el Palacio de Verano, una muestra única del refinamiento cultural chino. Los ingleses, no contentos con repartirse el botín con los franceses, redujeron a cenizas el palacio. La capitulación fue total: la convención de Pekín (1860) implicaba la entrada en vigor de todo lo acordado en Tientsin, además de un incremento de las indemnizaciones fijadas y de los puertos abiertos al comercio. Se autorizaba igualmente a los comerciantes de las potencias aliadas a reclutar culíes. Los rusos pasaron factura a China por su mediación diplomática y consiguieron los territorios al norte del río Amur, que pertenecían a China desde el siglo XVII. Allí se construyó el famoso puerto de Vladivostok, que significa ‘el que manda en Oriente’.

⁷⁶ Beeching, 1976, p. 282.

⁷⁷ Mediante los tratados de Tientsin (1858), que se negociaron con cuatro potencias occidentales –además de británicos y franceses, norteamericanos y rusos, que habían acudido como mediadores– se abrían al comercio exterior otros diez puertos, se garantizaba la libre circulación de extranjeros por todo el país, se autorizaba la apertura de embajadas en Pekín, se concedía inmunidad a los europeos frente a la jurisdicción china, se permitía el libre establecimiento de misiones católicas y protestantes y se fijaban cuantiosas indemnizaciones para británicos y franceses. Estos tratados no fueron sin embargo ratificados por el emperador, lo que, unido a alguna ofensiva del ejército chino, hizo que los aliados incrementaran sus peticiones y continuara la guerra.



Los tratados de Pekín no pusieron fin al saqueo de China, que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se vio obligada a firmar tratados desiguales con otros países europeos y con Japón. Los privilegios adquiridos por los extranjeros debilitaron la economía china y supusieron un freno a los intentos de industrialización de finales del XIX. Por otro lado, la implantación occidental dio lugar a un aumento de las fricciones entre población local y foránea⁷⁸ que llevó a un sentimiento de rechazo hacia las novedades que vinieran del exterior: “En materia de modernización, China tiende a rechazar por un reflejo xenófobo lo que en una situación de independencia hubiera aceptado de buen grado”⁷⁹.

Todos los acontecimientos que rodearon a las guerras del Opio y la actitud no muy ejemplar de las potencias occidentales influyeron de manera decisiva en el ánimo chino. La “humillación” sufrida a manos de los extranjeros quedó grabada a fuego en su memoria, alimentando el fuerte sentimiento nacionalista que persiste hoy en día.

⁷⁸ La actitud de los misioneros cristianos que se establecieron en el país a partir del tratado de Tientsin agravó esta situación; se provocaron múltiples incidentes debido a la intolerancia de algunos sacerdotes y la incomprensión de las costumbres chinas. La tensión llegó al máximo con la rebelión de los bóxer en 1900.

⁷⁹ Gernet, 2021, p. 516.



5. LA ÓPTICA CHINA

5.1. EL IMPERIO DEL MEDIO COMO CENTRO DEL MUNDO

Con la excepción del reinado del emperador Yongle (1402-1424)⁸⁰, desde la llegada al poder de la dinastía Ming en la segunda mitad del siglo XIV, China perdió interés por los países alejados de sus fronteras. Los europeos, por el contrario, sintieron la necesidad de explorar nuevas rutas para seguir abasteciéndose de productos que se habían convertido en imprescindibles. Los portugueses, como es sabido, fueron los primeros que navegaron los mares de Asia oriental y llegaron a China alrededor del año 1516. Luego hicieron acto de presencia en estos mares españoles y holandeses, y bastante después los británicos⁸¹. Siguiendo los pasos de los mercaderes, los misioneros católicos llegaron a mediados del siglo XVI con el deseo de conseguir una amplia conversión de la población local, aunque fueron recibidos con desconfianza tras la experiencia que los chinos habían tenido con los primeros aventureros. Por esta razón al principio sólo se les permitió instalarse en la factoría portuguesa de Macao⁸². Poco a poco, y gracias a la diplomacia de religiosos como Matteo Ricci, las misiones cristianas (sobre todo, jesuitas) fueron ganando terreno y se establecieron en varias regiones del imperio. Y consiguieron mantenerse, a pesar de la hostilidad del funcionariado feudal, hasta finales del siglo XVIII, como dice Gernet “gracias a los servicios que prestaron a los emperadores como matemáticos, astrónomos y cartógrafos”⁸³. Los misioneros fueron la correa de transmisión de conocimientos entre ambas culturas, aunque su presencia en China no estuvo exenta de problemas y no lograron atraer a demasiada población local hacia el cristianismo.

Los comerciantes, por su parte, tampoco pudieron operar libremente en el país⁸⁴. El Gobierno de Pekín hizo todo lo posible para mantener el imperio cerrado a unas influencias que

⁸⁰ Yongle apostó por la diplomacia y el comercio internacional, así como por las exploraciones ultramarinas. Durante su mandato se envió la “flota del tesoro”, a cargo del almirante Zheng He, con más de 300 barcos y 28.000 hombres, que llegó hasta las costas de África.

⁸¹ Como dice Gil Pecharromán (2020, p. 25): “La primera visita de buques británicos se produjo en 1637 y culminó en un bombardeo naval de los fuertes de Cantón, que no facilitó, precisamente, el establecimiento de relaciones amistosas entre ambos países”.

⁸² La presencia portuguesa era consentida en Macao sin que se oficializaran nunca las relaciones. La exclusión de los portugueses se ha considerado “el pecado original de la política exterior china” (Brook, 2019 (II), p. 201). Por su parte, “los portugueses perturbaron a la vez el comercio exterior y las relaciones diplomáticas [...] haciendo abortar un cambio de política que habría podido situar el comercio entre China y Europa sobre unas bases muy diferentes” (Brook, 2019 (II), p. 202).

⁸³ Gernet, 2005, p. 404. Precisa Gil Pecharromán que “a partir de 1724, casi todos los misioneros fueron confinados en Cantón. Reprimido como una religión perversa, el cristianismo chino había desaparecido prácticamente a comienzos del siglo XIX”. (p. 25).

⁸⁴ En 1557 se consintió que los portugueses se establecieran en Macao. Europeos y chinos habían realizado transacciones “oficiosas” alrededor del delta del río de las Perlas hasta que en 1684 los Qing abrieron Cantón a



consideraba peligrosas⁸⁵. A partir de finales del XVII, sin embargo, el comercio cantonés fue aumentando y la demanda europea contribuyó al auge de las manufacturas de seda, algodón, porcelana y, sobre todo, té. Las importaciones, en cambio, eran poco significativas, no sólo por recelo hacia los “bárbaros del mar” (los *yi*), sino también por el escaso atractivo que los productos europeos suponían para una China autosuficiente⁸⁶. “Esto resultaba especialmente irritante para los británicos, que en el siglo XVIII [...] habían desarrollado un antojo nacional por el té chino”⁸⁷.

En 1793 los ingleses enviaron una misión diplomática a China, encabezada por lord Macartney, que portaba una carta del rey Jorge III en la que solicitaba al emperador Qianlong, entre otras cosas, un tratado comercial. Qianlong, de avanzada edad, respondió que “nunca había apreciado los artículos ingeniosos” y que no tenía “la mínima necesidad de las manufacturas de Inglaterra”⁸⁸, para concluir que sería bueno que el rey inglés “actuara de conformidad con nuestros deseos fortaleciendo vuestra lealtad y jurando obediencia perpetua”⁸⁹. Una nueva embajada enviada en 1816 resultó igualmente infructuosa. Y es que China se consideraba el Imperio del Medio, esto es, el centro del mundo, un sitio donde reinaba un orden producto de una civilización milenaria y para el que los bárbaros que habitaban más allá de sus fronteras no tenían el más mínimo interés.

Los fracasos diplomáticos no desalentaron a los británicos, que a partir de 1820 vieron una oportunidad en el opio que se cultivaba en sus dominios de la India. El opio no era desconocido en China; Brook nos cuenta que la adormidera se cultivaba desde hacía mucho tiempo “como medicina cara usada para aliviar toda una serie de dolencias, que iban desde el estreñimiento y los calambres abdominales hasta el dolor de muelas y la debilidad general. Sin embargo, entonces no se fumaba; se tomaba en pastillas”⁹⁰. El consumo se extendió en el siglo XVII cuando empezó a mezclarse con tabaco, una mezcla denominada *madak* que trajeron los chinos que comerciaban con los holandeses en Taiwán y que seguía considerándose tabaco y no una droga distinta. A finales del siglo XVIII el opio ya se consumía directamente⁹¹. La explosión llegó cuando los comerciantes ingleses trajeron la droga de la India para revertir el déficit comercial provocado por la compra masiva de té. Y sus consecuencias reverberan aún en nuestros días: “[...] El opio se extendió a todas las capas sociales, provocando una transculturación mucho más problemática que aún trae recuerdos aciagos del pasado y constituye un símbolo duradero de la victimización de China por parte de Occidente.”⁹²

las actividades comerciales extranjeras bajo control.

⁸⁵ Irónicamente, el aislamiento puso al imperio en una situación desfavorable, pues las fronteras “confinaban a los chinos y atraían a los extranjeros” (Brook, 2019 (II), p. 202). “Al igual que los mongoles y los otomanos, los manchúes iban a conocer las amargas consecuencias de ignorar las innovaciones occidentales de una industria y un comercio respaldados por el Estado”. (Mishra, 2014, p. 53).

⁸⁶ “Paños de lana, algunos instrumentos ópticos y mecánicos y armas de fuego en pequeña cantidad era cuanto los chinos parecían interesados en adquirir” (Gil Pecharromán, 2020, p. 27).

⁸⁷ Headrick, 1989, p. 43.

⁸⁸ Por supuesto, éste no era el sentir de muchos comerciantes chinos, deseosos de establecer relaciones comerciales con los *yi*.

⁸⁹ Cita incluida en Mishra, 2014, p. 52.

⁹⁰ Brook, 2019 (I), p. 143.

⁹¹ Para ampliar, *Ibid*, p. 145.

⁹² *Ibid*, p. 145.



5.2. CORRIENTES DE PENSAMIENTO EN CHINA

Nos hemos referido con anterioridad a algunas características del pensamiento chino de la Antigüedad. En ese apartado trataremos de manera somera ciertas ideas de la época moderna y contemporánea que nos ayudarán a comprender algo mejor su idiosincrasia. Como hemos dicho, en los primeros años de la era Ming China se cerró al exterior. Esta forma de actuar no era sino el reflejo del pensamiento confucianista de tinte práctico que se recogió en una monumental obra del siglo XV⁹³ titulada *Suplemento a las explicaciones del “gran estudio”*⁹⁴, una “enciclopedia política dirigida al emperador”⁹⁵. Las relaciones exteriores es una de las materias que se abordan en el *Suplemento*. Según este texto, existe una frontera natural entre el Cielo y la Tierra: a un lado estarían los chinos; al otro, los extranjeros, que no atienden a razones y a los que sólo se puede controlar mediante el uso de la fuerza. La única manera de poner en orden el mundo es respetar esta frontera. Al este y al sur, el mar ya ha fijado el límite fronterizo y no es posible ir más allá. Al oeste y al norte, las cadenas montañosas y las tierras desoladas marcan igualmente los límites del imperio. Frente a las dudas que podría plantear un potencial ataque de los vecinos, cosa que ya había ocurrido en el pasado, se argumenta que la potencia militar del imperio ya infunde suficiente temor y actúa como elemento disuasorio⁹⁶. Queda por resolver la cuestión de los extranjeros que han atravesado o quieren atravesar la frontera. Y aquí la solución no es única sino que depende de las razones por las que se pretende acceder al territorio chino: los pobres que buscan caridad deben ser admitidos; tampoco deben ser rechazados sin más los extranjeros que viven en el imperio desde hace generaciones, en particular los que han asimilado su cultura, si bien no deberían juntarse más de 100 *yi* en una prefectura. Es así como el *Suplemento* prevé defender China *durante diez mil generaciones*. A partir de este momento, “nada de aventuras del gran Estado en territorio extranjero; nada de mezcla entre chinos y extranjeros. El consejo primordial [...] al emperador en materia de política exterior fue dejar tranquilos a los bárbaros”⁹⁷.

Cuando los portugueses arribaron a las costas chinas se produjo un animado debate entre los funcionarios sobre el trato que debía darse a los “francos”, habida cuenta de los beneficios que el comercio podría reportar a las arcas imperiales. El lamentable comportamiento de estos extranjeros provocó el repliegue de China, que cerró toda su costa al comercio en 1525. Esta situación perduró hasta 1557, cuando se reanudaron los contactos, si bien sobre una base de desconfianza y recelo mutuos.

A principios del siglo XIX la situación no había cambiado demasiado. Los acontecimientos que se producirán a partir de entonces tendrán graves consecuencias para el Imperio del Medio, debido no sólo a las presiones de las potencias occidentales sino también al desgaste de la dinastía Qing y las crisis internas.

En el lado occidental, el Congreso de Viena de 1815 marcó un antes y un después en las relaciones europeas. Tras la derrota de Napoleón, las cinco grandes potencias europeas –Gran Bretaña, Francia, Austria, Rusia y Prusia– agotadas por los conflictos armados, se esforzaron

⁹³ Obra de Qiu Jun.

⁹⁴ El gran estudio es uno de los “cuatro libros” de Confucio.

⁹⁵ Brook, 2019 (II), p. 151.

⁹⁶ Una visión un tanto optimista que no tardó demasiado en mostrarse ingenua: a mediados del siglo XVI China sufrió los ataques combinados de los mongoles en el norte y de los piratas japoneses a lo largo de su costa.

⁹⁷ Brook, 2019 (II), p. 154.



por mantener un equilibrio de poder en el Viejo Continente. Resueltos los problemas internos, las potencias europeas volvieron sus ojos al exterior. Algunas ya contaban con enclaves importantes en territorio asiático, pero esto no fue suficiente para calmar las demandas de comerciantes ávidos de nuevos mercados. Los británicos, que llevaban siglos en la India manteniendo un perfil bajo, empezaron a cambiar su actitud en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando la Compañía de las Indias Orientales se hizo con el control de Bengala, un territorio mucho mayor que su Gran Bretaña natal. “Envalentonados por sus éxitos en la India, los británicos realizaron un trayecto mucho más breve entre el respeto y el desdén a la hora de enfrentarse a los gobernantes de China”⁹⁸.

La reacción china frente a las presiones y abusos occidentales fue relativamente lenta. Reacios a abandonar la idea de que eran el “Imperio del Centro”, hasta finales del XIX no hubo una crítica seria de los intelectuales y las élites, convencidos de que su situación no era comparable a la de la India o Turquía: “Hicieron falta los efectos acumulados de las conmociones interiores y exteriores –la rebelión Taiping, la derrota a manos de Japón en Corea y la posterior rebatía por el territorio chino entre las potencias europeas– para infundir entre la élite china una nueva percepción de la cambiante topografía mundial”⁹⁹. Esto no quiere decir que hasta ese momento no se hubiera alzado ninguna voz: después de la primera guerra del Opio, un alto funcionario imperial¹⁰⁰ instaba a utilizar la tecnología moderna para reformar la Armada china; un célebre historiador¹⁰¹ publicó en 1842 una obra en la que proponía utilizar las técnicas de los extranjeros y enfrentar entre sí a los “bárbaros”; otro funcionario que encabezó uno de los ejércitos contra los taiping¹⁰² logró convencer a la corte imperial para que se construyeran buques y armas modernas, se mejoraran las redes de transporte y comunicación, se explotaran minas de carbón y hierro, se abrieran embajadas en las potencias occidentales y se enviaran estudiantes chinos al extranjero¹⁰³. Pero éste y otros “hombres nuevos” partidarios de la industrialización contaron con la oposición de la mayoría de los grandes dignatarios manchúes, temerosos del desarrollo de tensiones autonomistas en las provincias; al mismo tiempo, la presión militar y económica de las potencias extranjeras limitó los esfuerzos de modernización; por último, la actitud intransigente de algunos occidentales provocó una reacción tradicionalista y de rechazo a lo extranjero que igualmente comprometió las tentativas de cambio.

Los taiping se presentaron a sí mismos como reformadores de un sistema corrupto que querían derrocar. Su ideología estaba impregnada de las ideas igualitarias del cristianismo, el taoísmo y el budismo, y puso en marcha en el territorio por ella dominado un nuevo modelo teocrático basado en la abolición de la propiedad privada, la igualdad de sexos, la disminución de impuestos y otras reformas culturales¹⁰⁴. Aunque consiguió poner de su lado a las masas desfavorecidas, se tuvo que enfrentar a los tradicionalistas y los terratenientes, lo que, unido al incumplimiento de las puritanas normas taiping por parte de sus propios dirigentes, hizo que terminara perdiendo atractivo. El imperio chino, por su parte, consiguió sobreponerse a

⁹⁸ Mishra, 2014, p. 51.

⁹⁹ *Ibid*, p. 62.

¹⁰⁰ Se trata del comisario Lin Zexu.

¹⁰¹ Wei Yuan, que se inspiró en los textos de Lin Zexu.

¹⁰² Li Hongzhang

¹⁰³ Este impulso reformista no contemplaba una renovación de las costumbres y la organización política, que quedaban excluidas (ver Gernet, 2021, pp. 522-523).

¹⁰⁴ Entre otras cosas, se oponían al concubinato y al vendado de pies de las mujeres; prohibieron los juegos con dinero, el alcohol y las drogas; recriminaban a los ricos y sus lujos innecesarios.



los rebeldes “mediante una mezcla de concesión a Occidente, una vuelta al conservadurismo y una funesta erosión de su poder central”¹⁰⁵.

5.3. ESTADO DE LA TÉCNICA EN CHINA

Durante los siglos XVII- XVIII la dinastía Qing realizó una serie de conquistas que agrandaron el imperio hasta límites antes no vistos. En opinión de Andrade, tras esta primera fase, muy violenta, de expansión, se abrió un periodo de paz relativa (1760-1839) en la que los líderes chinos tuvieron pocos incentivos para incorporar las nuevas tecnologías y técnicas militares que se estaban desarrollando en Occidente¹⁰⁶. De ahí que hable de la “gran divergencia”, una brecha que comienza a abrirse en la segunda mitad del siglo XVIII y que parece patente en los años treinta del XIX, señalada por algunos observadores de la época en fechas cercanas a la primera guerra del Opio. Uno de estos observadores es un periodista británico anónimo que en 1836 escribió un artículo detallando la escasa potencia de fuego de los chinos¹⁰⁷: pólvora de mala calidad, cañones y mosquetes anticuados¹⁰⁸, defensas inútiles, embarcaciones “risibles”, así como su falta de voluntad militar: “Vienen uno a uno, desvestidos, desarmados, sin preparar y medio dormidos...”¹⁰⁹.

Así pues la ineficacia de las tropas chinas no se debió exclusivamente a la antigüedad de sus armas y defensas, algunas de las cuales no habían sufrido modificaciones desde el siglo XVII¹¹⁰, sino también a la falta de motivación y a una instrucción poco cuidada: “Los historiadores han descubierto que, a principios del siglo XIX, la que otrora fue una vibrante tradición china se había marchitado y se había vuelto “muy formalizada y ritualista y prestaba poca atención a los problemas prácticos de la guerra”¹¹¹.

Como hemos mencionado anteriormente, durante la primera guerra del Opio y hasta 1850 se produjeron tímidas reformas como reacción a la agresión occidental: en 1842 los británicos encontraron una fundición que fabricaba cañones iguales a los confiscados a un barco inglés; se diseñaron cañoneras inspiradas en las europeas, si bien no llegaron a ser obstáculo para el Némesis. Las iniciativas de esta etapa, aunque insuficientes, sentaron las bases para que, tras los graves acontecimientos que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XIX, se estimularan las reformas que después se conocerían como el Movimiento de Autofortalecimiento (1861-1895). Gracias al Movimiento se construyeron grandes astilleros (algunos con escuelas donde se enseñaba dibujo técnico, matemáticas e ingeniería), fábricas, arsenales, modernas armas y proyectiles. En 1880 la flota de acorazados chinos era considerada una de las diez mejores del mundo. Sin embargo, todos estos esfuerzos resultaron de nuevo insuficientes. Las tensiones, tanto internas, provocadas por la reacción ortodoxa tras la “degradación moral” que supuso el movimiento Taiping o las dificultades para obtener fondos con los que sufragar los elevados

¹⁰⁵ Hobsbawm, 2011, p. 141.

¹⁰⁶ Andrade, 2017, p. 266.

¹⁰⁷ El artículo comentaba la presencia frecuente de arcos y flechas.

¹⁰⁸ Los mosquetes chinos contaban con una llave de mecha -que exigía prender la mecha con una cerilla- y no una llave de chispa -en la que un trozo de pedernal producía la chispa al chocar con otra pieza del mosquete- como los británicos.

¹⁰⁹ Texto recogido por Andrade, 2017, p. 267. No hay que olvidar que el opio también hizo estragos entre los soldados chinos. Ver Lovell, 2017, p. 31

¹¹⁰ Para conocer más detalles sobre el armamento chino se puede consultar Andrade, 2017, pp. 268 a 270.

¹¹¹ Andrade, 2017, p. 270.



costes, como externas, derivadas de la presión de las potencias extranjeras y las deudas de guerra, llevaron a China a sufrir nuevas humillaciones a finales del siglo XIX, que cristalizaron en la inesperada derrota contra Japón en la guerra de 1894-1895. El desastre del 95 golpeó la moral de la población más de lo que lo habían hecho las guerras del Opio, al tiempo que abrió las puertas a nuevas exigencias europeas, que dejaron a China dividida en zonas de influencia. Las sucesivas humillaciones darían impulso a una renovación reformista empujada por varios intelectuales.

5.4. CONSECUENCIAS: PÉRDIDA DE LA AUTONOMÍA CHINA Y POSTERIOR REACCIÓN

China y Japón se enfrentaron en 1894 en una guerra motivada por el control de Corea. La Armada china estaba mejor preparada que la japonesa para el enfrentamiento. Los japoneses no habían invertido en naves acorazadas, lo que les dejaba más expuestos ante un ataque naval. Y sin embargo fueron estos últimos quienes se impusieron. En opinión de Andrade, varios errores tácticos chinos unidos al liderazgo y cohesión nipones podrían explicar la derrota del Imperio del Centro¹¹², aunque también influyeron las carencias estructurales: falta de una fiscalidad eficiente que permitiera financiar la guerra, mantenimiento de viejas estructuras que la dinastía Qing no se atrevió a cambiar, entre las que se encontraba un ejército numeroso pero anticuado y muy costoso, debilitamiento del poder central. Las consecuencias del tratado que puso fin a la guerra (Tratado de Shimonoseki) y de las nuevas exigencias occidentales serán de nuevo devastadoras: “Entre 1895 y los primeros años del siglo XX, China perderá su independencia económica, territorial, política y militar”¹¹³.

El hecho de que Japón, un país pequeño que hasta hacía poco había sido tributario de los Qing, vapuleara a la Armada imperial, causó gran conmoción entre la población. Las reacciones intelectuales¹¹⁴ no se hicieron esperar. La derrota ante Japón “galvanizó una prensa nacional naciente [...] Chinos inquietos sacaron una lección de la derrota: los treinta últimos años de “autofortalecimiento” habían estado llenos de semi-medidas inútiles, y hacía falta llevar a cabo reformas más urgentes, más audaces, más profundas”¹¹⁵. Y así comenzaron a aparecer escritos con recomendaciones para evitar una degradación aún mayor.

Wang Tao¹¹⁶ (1828-1897), uno de los primeros periodistas que tuvo China, consideraba que el éxito de las naciones se debía, más que a cuestiones económicas o técnicas, al factor político. A diferencia de los británicos, en su país existía un abismo entre el poder central y las élites, de manera que las decisiones que iban a afectar la vida cotidiana se adoptaban de manera autoritaria y sin conocimiento de la realidad de los administrados. De nada servía adoptar las técnicas extranjeras si esto no estaba acompañado de cambios administrativos que permitieran consolidar el progreso.

¹¹² Andrade, 2017, p. 315-316

¹¹³ Gernet, 2021, p. 518.

¹¹⁴ No solo hubo reacción intelectual. Sun Yat Sen organizó una revuelta para derrocar al emperador (que no triunfó y le obligó a exiliarse a Japón y Londres, lo que permitiría conocer a otros revolucionarios nacionalistas).

¹¹⁵ Lovell, 2017, p. 311.

¹¹⁶ Ver Gernet, 2021, p. 525.



El filósofo Yan Fu, acogiendo en parte las ideas del darwinismo social, animaba a que China reconociera sus propios defectos¹¹⁷ y los remediara con las ideas y la cultura de Occidente, lo que haría de un imperio débil y relajado una nación fuerte¹¹⁸.

Kang Youwei, uno de los reformistas más conocidos, indignado por humillación sufrida ante Japón, organizó un grupo de aspirantes a funcionarios que en 1895 dirigieron una petición al emperador para que rechazara el tratado de Shimonoseki. En la misiva se solicitaba además una total transformación del sistema económico y educativo¹¹⁹. Las ideas de Kang Youwei -que intentaba hacer ver que los valores políticos de Occidente formaban parte del acervo confuciano- inspiraron las “reformas de los 100 días” de 1898, una serie de cambios basados en el modelo occidental puestos en marcha por el joven emperador Guangxu, que fracasaron cuando su tía Cixi se hizo con el poder, revocó las medidas adoptadas, ordenó la captura de los autores intelectuales¹²⁰ y confinó al emperador en una residencia bajo vigilancia¹²¹.

El fracaso de las reformas provocó la reacción del alumno predilecto de Kang, Liang Qichao, que llegó a ser uno de los escritores más brillantes e influyentes de su generación. En sus escritos, Liang insistía en las deficiencias del estado chino, en particular la debilidad mental de sus élites¹²², sin dejar de señalar los peligros del imperialismo occidental¹²³. Y pedía urgentes reformas políticas. Sólo con un estado fuerte podía China aspirar a conservar la libertad. Desencantado con la democracia representativa después de haber visitado EE.UU., e intentando adelantarse a una revolución que traería el caos, Liang abogaba por una autocracia “benigna” que se preocupara por las necesidades del pueblo, con un modelo de producción de tipo capitalista controlado por el Estado para evitar los excesos del liberalismo económico y garantizar el bienestar social.

En los últimos años de su reinado, la emperatriz Cixi puso en marcha una profunda reforma (las “Nuevas Políticas”) que introdujo cambios en materia económica, judicial, militar, administrativa y educativa¹²⁴. También se anunciaron planes para avanzar hacia una monarquía constitucional, que no pudieron llevarse a cabo por la muerte de la emperatriz. Para entonces, la sociedad china había cambiado ostensiblemente¹²⁵, con unas masas rurales empobrecidas hasta la miseria, un débil proletariado cuyas condiciones de vida eran peores que las de los obreros industriales europeos en los primeros años de la Revolución Industrial, unos intelectuales desarraigados y una burguesía poco ilustrada surgida del contacto con los capitales extranjeros que había hecho fortuna en las concesiones occidentales. Así las cosas y con una economía en bancarrota, el destino de China en la primera mitad del siglo XX queda en manos de jefes militares que se suceden en el poder.

¹¹⁷ Yan fu no solo criticó a las élites, también los vicios del pueblo chino. En su opinión, el opio y los pies vendados eran los más destructivos (él mismo era adicto al opio). Ver Ma Mozhen, 1998, p. 351 (citado por Lovell, 2017, p. 286).

¹¹⁸ Ver Lovell, 2017, p. 312

¹¹⁹ Ver Mishra, 2014, pg 221.

¹²⁰ Kang Youwei y su discípulo Liang Qichao tuvieron que huir a Japón tras el intento fallido de reforma.

¹²¹ Poco después, la emperatriz alentó la rebelión de los bóxer, que llevó a China a enfrentarse a un ejército internacional que tomó Pekín y sometió al imperio a nuevas humillaciones.

¹²² Ver Lovell, 2017, p. 314.

¹²³ Ver Mishra, 2014, pp. 246-247.

¹²⁴ En 1905 se llegaron a abolir los exámenes imperiales. Miles de alumnos fueron educados en disciplinas del mundo moderno. Ver Lovell, 2017, pp. 286-287

¹²⁵ Gernet realiza un detallado análisis de lo que él llama la “disgregación de la economía y de la sociedad. Ver Gernet, 2021, pp. 533-547.



Aunque en los primeros años del siglo XX pocas personas hablaban de “revolución”¹²⁶, entendida como un cambio radical que depusiera a la monarquía y estableciera un nuevo régimen capaz de llevar a China a un desarrollo similar al de las potencias occidentales, las semillas del cambio ya estaban sembradas. Japón jugó un importante papel en la dinámica transformadora, inspirando con su ejemplo y acogiendo a los revolucionarios y a los reformistas. Fue allí donde un grupo de exiliados creó la Alianza Revolucionaria, antecesora del Kuomintang (el partido nacionalista). En el continente, la explosión de novelas y periódicos en los que aparecían continuas burlas de las élites modelaron una opinión pública que desató el nacionalismo y la protesta. Con todos estos antecedentes, en octubre de 1911 estalló la revolución Xinhai, que en poco tiempo se extendió por todo el país. No era el primer intento revolucionario, pero esta vez contó con el apoyo de las élites económicas por la decisión del poder central de nacionalizar los ferrocarriles. Sun Yat-sen fue designado por las fuerzas revolucionarias presidente de la nueva república, aunque la falta de un ejército que le apoyara hizo que cediera esta presidencia al general Yuan Shikai, que traicionó a Sun y a la monarquía. El último emperador Pu Yi abdicó en febrero de 1912.

Con la llegada de la república se inició un periodo de gran inestabilidad política en el que se mantienen las contradicciones: nuevas exigencias de Japón que pretenden convertir a China en un protectorado despiertan un profundo sentimiento anti nipón; la construcción de un relato nacionalista que achaca a la conspiración occidental todos los males de China¹²⁷ no impide que se acuda a las potencias occidentales en busca de ayuda financiera¹²⁸ y se aprovechen las libertades que ofrecen las concesiones para publicar los escritos de protesta. Los activistas antiimperialistas que lideraban manifestaciones, huelgas y boicots a los productos extranjeros, veneraban la ciencia, la democracia, la literatura y la cultura occidentales.

En la esfera internacional, si antes de la Conferencia de París existía alguna esperanza de que China fuera escuchada, la entrega a Japón de la antigua concesión alemana de Shandong en 1919 confirmó su condición de paria para las potencias occidentales. El movimiento de 4 de mayo, originado en la Universidad de Pekín, surgió como un amplio movimiento de liberación nacional. Fruto de las discusiones que se produjeron en su seno surgiría en 1921 el partido comunista, con el que China “encuentra de nuevo el sentido universal que había perdido con la ruina de su ética y de sus concepciones tradicionales”¹²⁹. Debido a las características propias del país, este partido comunista tendrá, como dice Gernet, un “aspecto campesino, militar y patriótico”¹³⁰.

Durante la “década de Nanking” (gobierno de Chiang Kai Shek 1927-1937) se atisba una cierta recuperación de la independencia. En esta etapa tiene lugar el “primer impulso modernizador”¹³¹, lo que permitió a las autoridades chinas recuperar el control aduanero,

¹²⁶ Sun Yat-sen era una de ellas.

¹²⁷ En Lovell, 2017, p. 292, se dice: “Es la decisión tardía y ambivalente de Sun en los años 1920 -adoptada en una tentativa desesperada de obtener fondos rusos para sostener su revolución vacilante- de acusar al imperialismo de todos los problemas modernos de China lo que transformó la Guerra del Opio en un trauma inaugural de la historia china y en un ingrediente vital de la propaganda patriótica del siglo XX”.

¹²⁸ El abandono por parte de Occidente del Kuomintang hizo que Sun Yat-sen se acercara al régimen bolchevique, que vio una excelente oportunidad para expandir en China sus ideas e influencia. Las alianzas del Kuomintang y el partido comunista duraron hasta la muerte de Sun y el ascenso de Chiang Kai Shek (1927), frontalmente opuesto al comunismo.

¹²⁹ Gernet, 2021, p. 572.

¹³⁰ *Ibid*, p. 573.

¹³¹ Ver Ríos, 2016, p. 13.



modernizar el sistema financiero y reducir la presencia extranjera. En 1943 se puso fin a los derechos especiales concedidos a los occidentales. Con todo, fue una época marcada por las “amenazas” comunistas en el interior¹³² y la presión de Japón en el exterior.

La guerra civil que se desató entre el Kuomintang y los comunistas se saldó con la victoria de los segundos en 1949. Ambos partidos habían recibido en sus inicios la ayuda de la Unión Soviética, de modo que sus estructuras eran una copia del partido bolchevique, muy jerarquizado y omnipresente. Las alianzas de Chiang Kai Shek con la burguesía costera y con las potencias occidentales marcó el inicio de un distanciamiento con el partido comunista que terminó en abierta oposición. Con Mao, el campesinado recupera la dignidad y tiene lugar el “segundo impulso modernizador”, con sus luces (primer plan quinquenal) y también sus sombras (fracaso del “Gran Salto Adelante” -1958-1962-, empeorado con la Revolución Cultural -1966-1976-). A pesar de que se declaraba marxista-leninista, el planteamiento de Mao fue distinto del ruso desde el principio: debido a su pasado semicolonial, China no tenía una base amplia de proletariado en el que apoyar la revolución, por lo que tuvo que recurrir a los campesinos para llevarla a cabo. Además, debido igualmente a su pasado reciente, la revolución china era de tinte marcadamente nacionalista. Los cuadros del partido no estaban muy formados en aspectos teóricos pero sí entrenados en las tácticas de guerrilla, y tenían un afán casi obsesivo por la propaganda y el adoctrinamiento, priorizando la política sobre la economía. El excesivo apego de Mao a la ortodoxia doctrinal hizo que pasara de copiar el modelo soviético a romper con la URSS, sobre todo cuando los desencuentros en materia económica o de política exterior acabaron con la asistencia rusa¹³³. China entró entonces en un periodo de aislamiento que duró hasta la muerte del Gran Timonel, aunque, en opinión de Lovell, habría que matizar su pretendida neutralidad y su rechazo al establecimiento de zonas de influencia durante esta época¹³⁴.

El ascenso de Deng Xiaoping y su vía pragmática inició el proceso de desmaoización -sin condenar a Mao- y supuso el impulso definitivo a las “cuatro modernizaciones”: industria, agricultura, defensa, ciencia y tecnología. Desde entonces China ha emprendido un camino que ha causado admiración y temor. La historia no ha dado la razón a quienes en los años 90 dudaban de que pudiera convertirse en una potencia mundial ni a los que creían que el progreso económico traería inexorablemente un avance democrático. Con su capitalismo de estado sigue desafiando cualquier intento de clasificación.

¹³² La presión del gobierno nacionalista sobre los comunistas fue aumentando cada vez más, provocando la reacción de estos últimos mediante la “larga marcha” (1934-35), que consolidó el liderazgo de Mao. La guerra sino-japonesa obligó a pactar una tregua del gobierno con los comunistas para enfrentarse al desafío nipón, pero el conflicto se reanudó tras la derrota de Japón en 1945.

¹³³ Para ampliar esta cuestión puede verse Gernet, 2021, pp. 563-564, 572-574, 580-589.

¹³⁴ Alega Lovell (Maoísmo, 2021, p. 28): “Mao y sus lugartenientes sí querían difundir su modelo para la revolución en todo el Sudeste Asiático y más allá”, y también: “Durante el periodo de Mao [...] (China) exportaba no solo ideología en la forma de centenares de millones de ejemplares del *Libro rojo*, sino también otros activos más sólidos para la revolución: financiación, armas y entrenamiento de los insurgentes globales, sobre todo en los países en vías de desarrollo.”(pp. 22-23).



6. CONCLUSIONES

A la vista de lo anteriormente expuesto podemos concluir que la ciencia y la tecnología tuvieron un doble papel en la formación de los imperios coloniales: por un lado, los avances de la ciencia en Europa crearon una conciencia de superioridad en las autodenominadas “naciones civilizadas”, que dirigieron su mirada hacia territorios de ultramar para resolver sus crisis internas. Los discursos legitimadores del imperialismo encontraron grandes aliados en la ciencia y el progreso; por otro lado, la mejor tecnología militar permitió llevar a cabo, con un coste excepcionalmente bajo, la expansión imperial, permitiendo que el realismo se impusiera cuando el resto de argumentos se mostraba insuficiente.

La Ilustración trajo consigo la esperanza de que “las luces” acabarían con la superstición, sacando a la humanidad de la ignorancia para hacer un mundo mejor. Aliada de la ciencia moderna, de la que era deudora, formaba parte de un movimiento más amplio nacido en Europa que pretendía poner la razón al servicio del ser humano y conseguir así el progreso social, intelectual y moral. Los logros de las nuevas disciplinas científicas llevaron a identificar el conocimiento europeo con el propio de las “naciones civilizadas”, lo que les hizo considerarse superiores a otras que eran tachadas de salvajes o infantiles. Algunos abanderados del progreso “comprendieron” que el destino natural de las naciones civilizadas era difundir su cultura superior entre las inferiores, aunque esto conllevara un gran esfuerzo y poco o ningún reconocimiento.

La misión civilizadora terminó mezclándose con otros motivos no siempre confesados-búsqueda de nuevos mercados o fuentes de materias primas, competencia entre naciones- que se escudaron también en el darwinismo social. La ciencia natural ofreció sólidos argumentos para explicar dinámicas sociales: en la lucha por la existencia, las naciones o razas más aptas se imponen al resto, lo que es una manifestación de la ley de la evolución aplicada al organismo social.

En Inglaterra, cuna de la Revolución Industrial, las masas se adhirieron al proyecto imperial, algo que vino muy bien para mantener la paz social. Prensa y novelas ayudaron a crear estereotipos que fueron confirmados por determinadas disciplinas consideradas científicas que hoy parecerían desarrolladas *ad hoc* para apoyar el racismo preexistente. La pátina científica hizo que mucha gente asumiera acríticamente determinadas ideas que en nuestros días consideraríamos delirantes.

Las claves de la popularidad británica entre las naciones occidentales eran su potente armada y su intenso comercio, otro de los signos de progreso de las sociedades civilizadas. Inglaterra era la gran defensora del libre comercio, al que había llegado tras un proteccionismo inicial



que hizo posible el desarrollo de su industria. El mercado chino, con sus casi 400 millones de habitantes a principios del XIX, presentaba un gran atractivo. Pero China era un estado autosuficiente que no necesitaba nada del exterior. Los británicos, en cambio, demandaban masivamente el té chino, hasta el punto de provocar el desequilibrio de su balanza comercial. Con el tiempo descubrieron que el opio podía revertir la situación. Desde sus plantaciones de la India se lanzaron a la exportación de la droga a China, un negocio altamente rentable que compensaba la demanda de té. Los aspectos morales de la venta de opio no incomodaron a los británicos, pero crearon un problema social al emperador y vaciaron las arcas chinas.

El giro trágico que supuso la guerra del opio fue un baño de realidad para los chinos. El poco aprecio de la tradición confuciana por la actividad militar y el aislamiento del Imperio del Centro alimentaron la “gran divergencia” que convirtió en imposibles los esfuerzos por contener los ataques de los técnicamente superiores ejércitos ingleses. Con ello daría comienzo un periodo de crisis interna que, con el concurso de varias potencias occidentales, dejaría un país socialmente convulso y económicamente arruinado. La reacción no fue inmediata pero terminó llegando, teñida de un nacionalismo que persiste hoy en día y que no ha permitido olvidar el “siglo de humillación”.

La occidentalización de las élites chinas proporcionó herramientas para luchar contra el imperialismo. Algunos intelectuales supieron comprender que sólo había que emular lo necesario para mantener la independencia, particularmente la ciencia y tecnología occidentales¹³⁵. Para los actuales gobernantes de China el desarrollo científico y tecnológico se ha convertido en una cuestión estratégica que les permitirá reclamar el lugar que les corresponde en el mundo. Esto se ve con recelo en el bloque occidental, que la tacha de rival sistémico y teme que su influencia no quede limitada a los aspectos científicos. El autoritarismo chino ha pasado de ser una ventaja para Occidente, que consideraba que la ciencia no podía desarrollarse en entornos autoritarios porque la innovación sólo brotaba en las sociedades libres, a constituir una amenaza, y no son pocos quienes apuntan los beneficios del modelo autoritario para conseguir el éxito de las sociedades del futuro.

China se ha convertido en un gigante que disputa a EE.UU. el liderazgo mundial. Habrá que estar atentos al desarrollo de los acontecimientos y esperar que no se produzca, una vez más, el fatal desenlace de otra “trampa de Tucídides”¹³⁶.

¹³⁵ Hace tiempo que se habla del “tecnonacionalismo” chino, una estrategia para potenciar la innovación interna y reducir la dependencia del extranjero.

¹³⁶ Expresión utilizada por Graham Allison en un artículo publicado el 24-09-2015 en la revista The Atlantic. Hace referencia al ascenso de una potencia emergente frente a una potencia hegemónica en decadencia que acaba en confrontación directa.



7. BIBLIOGRAFÍA

- Alam, S. (2004): *La "Misión Civilizadora" europea*. Artículo leído en internet con fecha 20-07-2022 <https://rebellion.org/la-mision-civilizadora-europea>.
- Allison, G. (2015): *The Thucydides Trap: Are the U.S. and China headed for war?* The Atlantic, 24-09-2015.
- Andrade, T. (2017): *La edad de la pólvora*. Barcelona, Planeta.
- Añaños Meza, M.C. (2012): *El título de "sociedad y comunicación natural" de Francisco de Vitoria. Tras las huellas de su concepto a la luz de la teoría del dominio*. Anuario Mexicano de Derecho Internacional, vol. XII, pp. 525-596.
- Beeching, J. (1976): *La guerra del opio*. Barcelona, Plaza & Janés.
- Brook, T. (2019) (I): *El sombrero de Vermeer: Los albores de la globalización en el siglo XVII*. Barcelona, Tusquets.
- Brook, T. (2019) (II): *Le léopard de Kubilai Khan : Une histoire mondiale de la Chine*. Paris, Payot & Rivages.
- Clemenceau, G. (1885): *Discurso a la Cámara de los diputados*. Julio de 1885. Obtenido en internet. Claseshistoria.com
- Chang, Ha-Joon (2017). *Una breve historia del capitalismo*. Barcelona, Penguin Random House.
- Díaz Kayel, B. (2005): *Los "justos títulos" de España al dominio de América: la Relectio de Indis de Francisco de Vitoria y su influencia en la legislación indiana*. Revista de la Facultad de Derecho, (5), pp. 67-88.
- Duché, J. (1964): *Historia de la Humanidad. Tomo IV (el gran viraje)*. Madrid, Guadarrama.
- Elena, A. & Ordóñez, J. (1996): *De la Revolución Científica a la Revolución Industrial: la dimensión tecnológica del newtonianismo*. Hispania LVI/2, núm.193, pp. 541-564.
- Espina, A. (2005): *El darwinismo social: de Spencer a Bagehot*. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 110 (abril-junio 2005), pp. 175-187.
- Ferguson, N. (2016): *Civilización: Occidente y el resto*. Titivillus, edición digital.
- Ferry, J. (1885): *Discurso a la Cámara de los diputados*. Julio de 1885. Obtenido en internet. Laeradehobsbawm.wordpress.com
- Fourcroy, A-F. (1794) : *Texto del Informe proyecto de decreto de Fourcroy del día siete vendémiaire del año III (28 de septiembre de 1794)*.
- Fung, Yu-Lan (1922). *Why China has no science- An interpretation of the history and consequences of chinese philosophy*. International Journal of Ethics, vol.32, No 3 (apr. 1922), pp. 237-263.



- Gernet, J. (2021): *El mundo chino*. Barcelona, Planeta.
- Gil Pecharromán, J. (1985): *Las guerras del opio*. Cuadernos Historia 16, núm. 104.
- González Vicen, F. (1984): *El darwinismo social: Espectro de una ideología*. Anuario de filosofía del derecho, núm. 1, pp. 163-176.
- Headrick, D. (1989): *Los instrumentos del Imperio: Tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*. Madrid, Alianza.
- Hobsbawn, E. (2009): *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires, Crítica.
- Hobsbawn, E. (2011): *La era del capital, 1848-1875*. Barcelona, Crítica.
- Internet encyclopedia of philosophy. Consultada el día 09-05-2022.
- Kipling, R. (1899): *La carga del hombre blanco*. Obtenido en internet. Trianarts.com
- La Vergata, A. (2005): *Guerra e darwinismo sociale*. Catanzaro, Rubbettino.
- Lovell, J. (2017): *La guerre de l'opium 1839-1842*. Paris, Libella.
- Lovell, J. (2021): *Maoísmo: Una historia global*. Barcelona, Debate.
- Mishra, P. (2014): *De las ruinas de los imperios: La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Needham, J. (1977): *La gran titulación: Ciencia y sociedad en Oriente y en Occidente*. Madrid, Alianza.
- Outram, D. (2008): *Panorama de la Ilustración*. Barcelona, Blume.
- Poskett, J. (2022): *Horizons: The global origins of modern science*. Harper Collins, digital edition.
- Ríos, X. (2016): *China moderna: Una inmersión rápida*. Barcelona, Tibidabo.
- Schaetzel, W. (1954): *La teoría de la guerra de Francisco de Vitoria y la moderna guerra de agresión*. Anales de la Universidad de Murcia, 1953-1954, vol. XII, 2º trimestre, pp. 407-424.
- Teresi, D. (2004): *Los grandes descubrimientos perdidos: Las antiguas raíces de la ciencia, desde Babilonia hasta los mayas*. Barcelona, Crítica.
- Todorov, T. (2008): *El espíritu de la Ilustración*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- Tucídides (V a.C.). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid, Gredos (1992).
- Voltaire (1734): *Cartas filosóficas. Décima carta: Sobre el comercio*. Obtenido en internet. Ciudadseva.com
- Weber, M. (2012): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

